

siento a Dios que se mueve en mi alma... Heme aquí esta tarde, solo, a orillas del mar. Soy la naturaleza sintiéndose a sí misma». Por eso la poesía era para Maragall «el ritmo de la creación vibrando a través de la palabra humana» y el arte «la belleza trashumanada devuelta a Dios de más cerca por la humana expresión del ritmo revelador que está en la forma natural», siendo esta forma natural «la realización del esfuerzo, ritmo de la vida», y la forma artística, el ritmo de la expresión humana despertado por aquél, del cual procede.

Ritmo, vida... ¡Cómo ama cuanto se mueve, y palpita, y hierve, este contemplador extático! Leed, por ejemplo, lo que dice de la danza: «En la danza está toda la representación de la vida generando todo el arte en peso. ¿No veis en ella el esfuerzo con amor que es principio de la vida, y la acción rítmica con que ésta se manifiesta?» Pero mejor será consultarle sobre la vida, y nos dirá con su verbo exaltado:

Vivir es aquel impulso de ser, que en lo que ya es se resuelve en esfuerzo por ser más. Allí donde cesa aquel impulso o acaba este esfuerzo, allí cesa la vida y acaba el ser vivo, aunque continúe la apariencia por automatismo... Vivir es desear más, siempre más: desear, no por apetito, sino por ilusión. La ilusión, esta es la señal de la vida; amar, esto es la vida. Amar hasta el punto de poder darse por lo amado. Puede olvidarse a sí mismo, esto es ser uno mismo; poder morir por algo, esto es vivir. El que sólo piensa en sí, no es nadie, está vacío; el que no es capaz de sentir el gusto de morir, es que ya está muerto. Sólo el que puede sentirlo, el que puede olvidarse a sí mismo, el que ama, en una palabra, está vivo. Y entonces no tiene sino echar a andar. Ama, y haz lo que quieras...

Ya lo veis: el amor, *l'Amor che muove il sole e l'altre stelle*. Y el amor, que alcanza tan alto significado en la obra poética de Maragall y que fué la esencia de su copiosa labor periodística, ilumina con resplandor celeste todas las páginas de los *Elogios*¹. Esta misma palabra «elogios», ¿no indica por sí sola una voluntad de amor? En labios de Maragall tenía un perfume seráfico. *Laudate sii, mio signore, con tutte le tue creature...* Era el mismo candor franciscano que lo arrebató en una transfusión panteísta, el mismo fervor que le transfiguraba el hecho natural en maravilla, la misma pureza de alma y el mismo sacerdocio de fraternidad que en la conquista del amor individual le ha-

cian soñar con la armonía humana. Pero en aquel hombre que contemplaba el mundo con ojos deslumbrados de niño, como si fuera el primero en descubrirlo y tuviese que aleccionarnos para que, a nuestra vez, lo descubriésemos; en aquel gran poeta que amaba la naturaleza como un primitivo, sintiéndose en ella, sintiéndola en él, indistinto del paisaje que lo rodeaba, el amor no era una abstracción. «No opongáis demasiado, en el hombre, el espíritu a la carne», leemos en uno de estos elogios. Y hablando directamente del amor, que «es deseo de confusión por instinto de la eterna unidad de las cosas», y por el cual la diversidad universal tiende a restablecerse en la unidad

divina, de la cual procede; hablando del amor, advertía que «el amor más proporcionado al hombre en la tierra es el de hombre a mujer que perpetúa la especie humana, y por esto es tenido por el amor tipo».

Quisiera yo glosar todo ese libro... No, mucho más. Cada vez que abandono sus páginas, clarificado, purificado, sintiéndome mejor y confiando más en la obra de la belleza y del amor entre los hombres, quisiera ponerlo en manos del pueblo, leerlo en las plazas, llevar su luz a todos los espíritus...

RAFAEL ALBERTO ARRIETA

(Del precioso libro *Ariel Corpóreo*. Letras extranjeras, Editorial «Buenos Aires» 1926).

Don Salvador Díaz Mirón

=De *El Imparcial*. Guatemala=

PRESENTÉ ayer al bardo insigne, en su mentalidad de poeta extraordinario, de inspiración robusta, diamantista por las formas externas de sus versos bruñidos, quizás castigados en fuerza de trabajo. Quiero hoy dar a conocer al hombre, de cerca, el padre amante, el amigo afectuoso que no sabe conversar sino en forma oratoria, lo que derramaba en mi alma, arrobos y delectaciones, pero dejándome a la postre, rendido por el estropeo de mi atención, incapaz de no seguirle a través de la historia, la física, química, sociología, literatura y matemáticas.

Nunca en mis días he hallado verbo más fecundo, raudaloso y borbotante, a la par que cálido y fulgente, sólo comparable a río de oro derretido. Bajo esa catarata ignescida, no puede uno hablar, ni él lo permitiera, porque agarra un tema, como el águila coge una presa y así con agilidad aquilina, lo eleva, lo pasea en la altura, lo sacude y lo arroja enérgico para capturar otro tema engendrado por el anterior.

Tampoco deja de ser peligroso el interrumpirle. Leía, una vez, en su aposento del Hotel Iturbide, las *Apuntaciones críticas* del maestro Cuervo, cuando cerró el libro al verme para decir, sin contestar a mi saludo: debieran todos los escritores aprender de memoria esta maravilla. Por ignorarla, nuestros poetas escriben solecismos, como Espartaco en vez de Espártaco y Milciades por Milciades.

«Perdone, vate», le respondí, «pero usted mismo lo ha empleado en la forma prohibida». Cómo me arrepenti de mi imprudencia pedante. «¡Yo! Jamás y está usted obligado a comprobarlo.» «Así, en efecto», le contesté. «En su bellísima composición a los héroes sin nombre, dice usted: «Oscuros Escipiones y Espartacos, en las rudas labores de la guerra, sembradoras de lauros, fuisteis sacos de estiércol, ay, para abonar la tierra». «Mire usted que si dice Espártacos en esdrújulos, ya no consueña con

sacos». «Bien puede ser», me respondió, «en poesía hay licencias, pero en prosa, en la tribuna jamás he pronunciado así». El incidente no pasó a más porque yo fui endulzando mi sonrisa y diluyendo mi voz en un suave pianísimo.

Quedamos ayer, en que le conocí el 31 de octubre de 1901, en la finca rústica veracruzana donde nos aguardaba un banquete. Desde las primeras palabras le estudié, medí, pensé y anatomicé, como hace un secretario judicial con un occiso, o el biólogo con las células. Estatura, mediana, quizás más alta que baja, flaco más que grueso y de un continente vertical, de puro erguido y rígido, con la cabeza inclinada en algo como de humildad soberbia. Encogido un tanto el brazo izquierdo, como recuerdo quirúrgico de un desafío. El rostro, como el de Edison, sería vulgar si no lo salvaran dos ojos negros, abiertos, sin pestañeo, brillantes e hipnotizadores. Su cabello tupido y alto cae en guedejas sobre sí mismo y él lo peina entre sus dedos abiertos en palma, cuando en la conversación va a cambiar de asunto, o cuando en la tribuna preludia sus exordios. Lo más edificante de él es su voz, de entonación clara y vibrante cual si tuviese de metal las cuerdas vocales.

Al ver que en la mesa no comía, le pregunté por la causa y él me dijo: «Mis prisiones y disgustos acabaron con mi salud y apetito.

«Ya me ve usted dispéptico y desgano en mis plenos cuarenta años». «¿Cuarenta tiene usted?» «Exactamente». Y con esta memoria mía que peca de inoficiosa noté que me estaba mintiendo. Mentalmente le respondí: No es cierto. Usted nació el 14 de diciembre de 1853 para gloria de México, honra de las letras y bien de quienes le admiramos.

A caer de la tarde, todavía seguíamos juntos, pero ya en dos butacas de un coche de ferroviario. Corría el tren por un valle

1 De los *Elogios* de Maragall, la edición de Gustavo Gill, Barcelona, es la que conocemos. Podemos adquirirla fácilmente para quien la desee, por la suma de \$ 3.00,—(N. del E. del R. A.)